

LA SEMILLA NACIÓ EN EL HOGAR

Texto y foto: RAÚL LEÓN P.



El año sacerdotal, ocasión propicia para acercarnos a esa realidad sacramental desde la perspectiva familiar. En correspondencia con lo anterior, decidimos entrevistar al padre Ariel Suárez Jáuregui, quien, con sólo 37 años de edad, está próximo a cumplir 11 años de sacerdocio en nuestra arquidiócesis.

- ¿Quiénes han sido las figuras sacerdotales que le han ayudado a conformar su perfil como clérigo?

- Hay dos figuras sacerdotales que me han marcado en mi vida: el primero fue el padre Luis Peláez, jesuita cubano, quien era el capellán de las Siervas de María cuando de niño comencé en la catequesis. De él me impresionó su claridad de pensamiento, su estilo pedagógico de transmitir y su fidelidad a los compromisos sacerdotales. Cuando yo tenía 15 años comencé a acompañarlo a dar catequesis en la comunidad de Santa Ana, en La Lisa, e íbamos en guagua, la que teníamos que esperar hasta dos horas, y yo veía cómo aquel hombre de 71 ó 72 años de edad hacía aquello sin chistar.

- Era un hombre formado para realizar cualquier cosa sin que asomara una queja, pues lo hacía sabiendo que era su responsabilidad como sacerdote. Era muy cuidadoso en la liturgia y en la formación en las ideas claras, pues amaba la verdad. Se destacó como buen confesor y magnífico director espiritual. Por otra parte, era recto, exigente consigo mismo y con los demás, que no transigía con las medias tintas por lo que daba la impresión de ser *duro de carácter*.

- Pero hay otra figura sacerdotal que me brindó cualidades que complementaron los aportes del padre Peláez. Se trata de nuestro arzobispo, cardenal Jaime, a quien conocí cuando yo asistía a la Catedral o él visitaba mi comunidad. El ver a este hombre siempre sonriente, acogedor, que transmitía en su rostro bondad y paz, me hizo tomarlo como referente no sólo en esos aspectos, sino por su capacidad de aprenderse los nombres de las personas de las distintas comunidades, así como interesarse por el trabajo, el estudio u otros problemas de esas personas. Estos aspectos aún los vive, no obstante su responsabilidad y la situación compleja que afronta la Iglesia en Cuba, sin dejar de ofrecer esperanza.

- ¿En qué medida influyó su familia en el nacimiento y crecimiento de la fe?

- Lo primero que debo mencionar es que nací y crecí en una familia cristiana y ecuménica, pues mi madre es bautista y mi padre es católico, ambos de toda la vida, y muy comprometidos con sus respectivas Iglesias. Para casarse, mi padre le pidió a mi mamá que los hijos fueran bautizados y educados en la fe católica. Mi madre no sólo lo aceptó, sino que lo ha cumplido con admirable fidelidad y no de una manera resignada, o tolerada, sino vivida con entusiasmo. Recuerdo que cuando teníamos que ayudar a misa los días entre semana, ella nos salía a buscar al lugar donde estábamos jugando para decirnos que ya era hora de prepararnos para asistir a misa. Nací, en resumen, en un hogar donde se rezaba y se leía la Biblia.

- Es importante destacar que los temas doctrinales o teológicos que pudieran ser causa de discusión no se tocaban en casa. No se hablaba, por ejemplo, de la Virgen aun cuando en la comunidad participábamos del ofrecimiento de flores, el Rosario y todo lo relacionado con la devoción a María. Hacíamos una oración de bendición antes de comer, que nos íbamos turnando para que cada día alguien lo hiciera. Por la noche, antes de acostarnos, hacíamos una especie de culto familiar, en el cual se leía un texto de la Biblia, que después comentábamos, y concluíamos con una oración espontánea dando gracias o pidiendo perdón. No rezábamos oraciones aprendidas, sino que orábamos.

- Luego, al crecer, conocí que mis padres, por su fidelidad a la fe, habían sufrido discriminaciones por el hecho de casarse por la Iglesia; así, en 1969 fueron expulsados de sus trabajos por estimarse que habían dado un “paso inadecuado”. Ellos eran entonces profesores en las teleclases y, después de varias reclamaciones, fueron reinsertados al sistema educativo como profesores de las facultades obreras y campesinas por considerarse que allí no influirían en las nuevas generaciones.

- Con el tiempo, mi madre, aunque sigue siendo bautista, se ha acercado a la doctrina católica, en cuanto a comprenderla. Lee nuestras publicaciones y conoce al dedillo el catecismo católico, todo lo cual ha creado en casa un clima ecuménico, sereno desde muchos puntos de vista.

-¿Cuáles fueron los momentos que lo llevaron a pensar en la vocación sacerdotal?

- Me atrevería a señalar tres momentos, que ocurrieron en mis etapas de niño y adolescente. El primero, el día de mi primera comunión, el 31 de mayo de 1981, el cual recuerdo con mucha intensidad, pues había la costumbre de que los niños que iban a tomar la primera comunión subieran al presbiterio después de la presentación de los dones y nos colocábamos a ambos lados del altar. Ese fue el momento en que estuve más cerca de la eucaristía, de la consagración, y me impactó tanto que después de la misa fuimos a celebrar a un restaurante cercano y me pusieron una copa de cristal con agua o refresco; cogí la servilleta e hice, como el sacerdote, el gesto de secar la copa con el purificador. Pienso que ahí nació mi deseo de ser sacerdote al imitar al padre Peláez.

- Otro momento fue durante una jornada de oración por las vocaciones sacerdotales y religiosas, el cuarto domingo de Pascua. Hubo un panel en la comunidad de las Siervas de María al que asistieron varios sacerdotes y religiosas, quienes hablaron de la situación de la Iglesia en Cuba; allí escuché, por primera vez, que en Cuba éramos 10 millones de habitantes asistidos pastoralmente tan sólo por 200 sacerdotes y 300 religiosas. Entonces supe que en este país existía gente que nunca había visto a un sacerdote, a una monja, que moriría sin los sacramentos. Pensé en los pueblos de campo sin la felicidad de tener vida de comunidad, sin conocer a Cristo.

- Un tercer momento fue a raíz del éxodo del Mariel, en que mi familia paterna decide emigrar. En la reunión familiar organizada al efecto, mi padre fue el único que dijo que se quedaba en Cuba porque si todos los cristianos nos íbamos, entonces quién evangelizaba, quién anunciaría a Jesús a este pueblo. Fue una opción que mi madre apoyó. Ahí intuí que mi modo de evangelizar sería consagrado a esa misión, la cual haría como sacerdote.

- De estos tres momentos, y del ejemplo de los sacerdotes antes mencionados, se valió el Señor para llamarme al sacerdocio.

- Para muchos, resulta un conflicto el hecho de tener un hijo cura o una hija monja. ¿Cuál fue la reacción de su familia cuando le comunicó la decisión de ser sacerdote?

- Con 15 ó 16 años de edad fui invitado por nuestro arzobispo, cardenal Jaime, a participar en el grupo de discernimiento vocacional de la arquidiócesis, y acepté. Esa decisión la comuniqué a mi familia, y debo decir que la reacción de mis padres fue muy positiva desde el inicio y siempre me insistieron en dos cosas: primero que no me dejara llevar por falsos entusiasmos y que me mantuviera siempre muy libre frente a las opiniones que se expresaran a favor o en contra de mi decisión, pues sabemos que sobre ese tema todo el mundo opina. Que escuchara lo que Dios quería de mí y para eso me recomendaron que orara mucho para descubrirlo. En ese grupo estuve durante tres años, acompañado del entonces padre Salvador Riverón.

- Comencé un camino que recuerdo con alegría y emoción; un camino de acercamiento a la Palabra de Dios de modo personal y empecé a conocer a Cristo no por lo que me decían de Él, sino a partir de mi experiencia, que tuvo su máximo punto en la preparación para el sacramento de la Confirmación. Fue entonces que empecé como catequista, como animador de la pastoral de adolescentes.

- Ingresé en el Seminario el 10 de septiembre de 1991, después de terminar mi primer año de universidad en la carrera de Licenciatura en Bioquímica, pues ya había madurado lo suficiente en mi opción personal. Cuando dije que entraba al Seminario, en mi familia hubo una gran alegría por la certeza de que era un gozo o don muy grande el tener un sacerdote en la familia y me animaron, y lo siguen haciendo, a que me esfuerce por ser un sacerdote fiel, entregado en servir a los demás. Debo subrayar que mi familia siempre ha sido un apoyo para mi vocación.

- Vivimos una crisis en la familia, que se comprueba en el incremento de divorcios. Por otro lado, se observa una merma en las vocaciones sacerdotales y religiosas. ¿Considera que ambos hechos están relacionados?

- No me gusta decir que la familia está en crisis; más bien es el ser humano quien está en crisis. Este mundo de hoy prefiere vivir experiencias intensas, pero efímeras, y, por tanto, se tiene temor a contraer un compromiso para toda la vida. Yo soy parte de ese mundo y me asaltaron las dudas de si podría ser fiel a mi sacerdocio cuando hacía mi retiro espiritual de preparación a la ordenación, y, preocupado por eso, fui a ver a monseñor Salvador Riverón. Entonces recordé las palabras de un sacerdote formador del Seminario que dijo: "No te preocupes por el mañana, ocúpate del presente. Sé fiel hoy, y mañana seremos fieles, mañana..."

- Otro factor que influye en la merma de las vocaciones es que ha disminuido la natalidad, o sea, las familias tienen pocos hijos. Esto acontece en todo el mundo y también en los países de tradición cristiana. En otro tiempo, al existir familias numerosas había más posibilidades que hubiese un hijo cura o una hija monja, pero cuando se tiene un hijo o dos esta probabilidad es casi nula.

- El hecho de que el papel del sacerdote no sea valorado y apreciado, influye también en la merma de las vocaciones. Sabemos que el mundo propone para los jóvenes alternativas que tienen en cuenta el prestigio, la fama, la realización económica, el lujo, el éxito... Y la vida del sacerdote no se puede medir con esos criterios de bienestar económico, pues se trata de una vida sencilla, ardua, llena de gestos pequeños y anónimos; una vida de servicio, de escucha, de acogida, de consuelo, oración. Y ese no es un camino exitoso desde el punto de vista de lo que hoy muchos esperan de un joven a nivel social e incluso familiar.

- Desde su experiencia, ¿cuáles son las condiciones concretas que debe tener una familia cristiana para el crecimiento de las vocaciones?

- La primera condición es que no se contente con sólo asistir el domingo a misa; tiene que ser una familia donde Cristo esté presente como una persona viva, que interactúa con ella, que los acompaña en la cotidianidad; una familia donde estén presentes la oración y la caridad, donde se observe la preocupación por compartir con los demás, con los que tienen menos... Esas son condiciones importantes para que pueda surgir una vocación en el seno familiar.

- Debe haber una dimensión trascendental, espiritual, y una dimensión social de acogida a las necesidades de los demás, porque la llamada de Jesús no se queda en la experiencia mística, espiritual, sino que trasciende en el servicio a los hombres; y eso se aprende en el seno del hogar, desde niño, cuando nos enseñan a desprendernos del egoísmo, del narcisismo camuflado que a veces tenemos. También es importante la dimensión misionera. Si hay compromiso concreto en la misión de la Iglesia de dar a conocer a Cristo a los demás para que sea amado, habrá vocaciones.

- Para mí ha sido una fuerza, en estos casi 11 años de sacerdocio, el tener a mi familia siempre apoyándome. Ella no solo fue terreno propicio para que naciera y creciera la semilla de mi vocación, sino que sigue siendo, aún hoy, un punto de referencia importantísimo para mi vida sacerdotal. Cuando se presentan dificultades o situaciones en que tengo que discernir, una de las cosas que me ayudan es preguntarme ¿qué harían mis padres en esta situación o en este caso? A veces también me pregunto ¿qué pudiera hacer para que mis padres estuvieran más orgullosos o más contentos de su hijo sacerdote?

- Tener una familia estable, donde los padres se aman y permanecen juntos, es una fuerza para enfrentar muchas cosas. Hay heridas y dolores que se curan sólo viendo a mamá y a papá. El saber que el amor de mis padres está siempre presente en las altas y las bajas de la vida es una maravilla que me proporciona fortaleza para seguir siendo sacerdote.